
LIBRO

Arturo Fontaine Aldunate: *Todos querían la revolución.*

Chile 1964-1973

(Santiago: Editora Zig-Zag, S.A., 1999).

ARTURO FONTAINE ALDUNATE: *TODOS QUERÍAN LA REVOLUCIÓN. CHILE 1964-1973*

Cristián Zegers

Chile, país de calificados historiadores, muestra sin duda vacíos considerables en la investigación de su historia contemporánea. Los especialistas son escasos y pocos los centros que la estudian, entre los que destaca el de esta universidad. Si bien hoy contamos con abundantes monografías sobre aspectos relevantes del desarrollo económico, la vida de las instituciones o las relaciones exteriores, no ocurre igual en cuanto a las grandes líneas del acontecer político.

En 1967, un diario regional difundió una certera visión de Jaime Eyzaguirre, encargada por una enciclopedia extranjera, sobre los primeros 60 años del siglo. Fue considerada una auténtica novedad. Con variadas denominaciones —historia reciente, historia del presente, del mundo actual, historia próxima o inmediata—, estos estudios han conocido un auge en el mundo después de la segunda guerra. Sin embargo, nuestros historiadores profesionales se han mantenido en general reacios a incursionar en los nuevos campos. Les preocupa, aparentemente, su eventual contaminación política, y de un modo especial, carecer de la perspectiva de tiempo que exige la ciencia histórica.

CRISTIÁN ZEGERS A. Abogado y periodista. Director del diario *La Segunda*. Miembro de la Academia de Ciencias Sociales del Instituto de Chile.

En efecto, la bibliografía acumulada no hace más que subrayar la magnitud de la tarea pendiente. Por relevante que pueda ser la publicación de testimonios de actores protagónicos, amén de otras circunstancias favorables —la edición de recopilaciones de prensa de ciertas etapas conflictivas o la apertura de archivos nacionales y extranjeros—, es bastante claro que muchísimos títulos pecan por prejuicios ideológicos o por un sustento de hechos débil o parcial. Procesos decisivos como la reforma universitaria o la agraria no han recibido la atención que merecen. En el caso de los autores foráneos, se añade su dificultad para penetrar en la sicología de la compleja evolución chilena. Los recuentos de carácter histórico general han visto la luz básicamente en la prensa, a través de fascículos y series históricas, lo que ha estimulado la demanda por obras más acabadas.

Este obvio interés resultará satisfecho por la lectura de *Todos querían la revolución. Chile 1964-1973*, el nuevo libro de Arturo Fontaine Aldunate que tengo el honor de introducir aquí. El lapso escogido es brevísimo, apenas nueve años, pero fue suficiente para sumir al país en un torbellino de violencia e ideologismo, hasta acabar en el desplome institucional y social. Un período cuya trascendencia es tal, que no cesa de reclamarse de él un cuadro objetivo, incluso en calidad de tema del actual acontecer político.

El autor se empeña en calificar su trabajo de simple crónica. Y ciertamente *Todos querían la revolución* lo es, por su vivaz método narrativo, la calidad de su síntesis, y la certidumbre de quien evoca lo íntimamente conocido. Al final, uno termina convencido de que el libro es historia y de la mejor.

Arturo Fontaine posee al respecto ventajas difíciles de igualar, puestas de manifiesto en dos ocasiones anteriores. En 1974, al cumplirse un año del pronunciamiento militar, publicó en *El Mercurio* la clave de cómo se gestó el movimiento de las FF.AA., interpretación profundamente fundada en entrevistas con los principales actores de la acción colectiva. Sus conclusiones de entonces se mantienen incólumes, impregnadas de un equilibrio del que carecen otros puntos de vista, más dependientes del personalismo emanado de relatos posteriores.

En 1988, al igual que ahora bajo el sello editorial de Zig-Zag, entregó un novedoso análisis político de la modernización económica emprendida por el gobierno militar, cuya trama hizo por primera vez inteligible la adopción de los principios de libre mercado por un régimen autoritario.

Pero, ¿a qué ventajas personales aludimos en el caso del autor del libro?

Por de pronto, a una pluma privilegiada; y, por cierto, a lo que no es menor ni común hoy día: una cultura sólida, penetrante, de rasgos clásicos, que ha descollado en nuestro periodismo de opinión.

Con humor, Arturo ha recordado alguna vez que el único trabajo que lo enorgullece, por la perfección alcanzada en él, fue su primer empleo de dactilógrafo del Seguro Obrero. Quien les habla recuerda cómo, después de largas e intrincadas discusiones en la mesa de redacción, el entonces subdirector de *El Mercurio* —de los mismos años críticos que trata este libro—, se recogía en una oficina contigua, y al cabo de teclear a igual velocidad que un dactilógrafo de oficio las tres carillas del editorial, volvía a los pocos minutos con una obra de arte, toda claridad y férrea lógica, a la que era casi imposible modificar un concepto y menos una coma.

Durante 17 años fue suya la responsabilidad de redactar la “Semana Política”, el más influyente y perspicaz escrutinio del suceder nacional, cuyo mérito radicaba en la reflexión y profundo conocimiento de los hechos, junto a la capacidad de situarlos en la jerarquía de su importancia futura. La destreza adquirida en este extenuante ejercicio periodístico, convertido en hábito siempre abierto al sentido común y sabiduría de las gentes, ahora confiere su principal cualidad a *Todos querían la revolución*. Un manejo de los hechos casi torrencial, en grandes y vívidos cuadros, pero sin dejar que éstos desboquen al colorido anecdótico de lo que, en verdad, no gravitó en ese “despuntar” del 11 de septiembre, con que Arturo cierra las últimas líneas de su libro.

El autor está lejos de sucumbir al natural desconcierto causado por fuentes de información que al cabo de más de treinta años, son abrumadoras, y a veces francamente contradictorias. Por el contrario, y hasta en el más nimio de los episodios, citas o datos estadísticos invocados, surge la evidencia de una escrupulosa verificación y de un instinto realista capaz de identificar cualquier pieza sospechosa del vasto acervo documental.

El título *Todos querían la revolución* resume fielmente la época. Este acierto no depende de una tesis por demostrar, sino del absoluto respaldo que ella encuentra en la reconstrucción del pasado, en los porfiados hechos, resultado de una fatigosa búsqueda de ángulos nuevos y de ratificaciones seguras, que no se confía en las noticias publicadas. El éxito de la tarea cumplida tiene mucho que ver, claro está, con la rica experiencia de quien vivió esos años desde una atalaya clave, *El Mercurio*.

“Días de Gloria”, el breve capítulo inicial del libro, relata precisamente la visita a *El Mercurio* de un exultante Eduardo Frei Montalva, recién electo presidente con el 55,67% de los votos, y confiado, asegura el autor, en sus “dotes excepcionales para hacer un gran gobierno y tal vez

para torcer el curso de la historia chilena”. En la privacidad de la redacción superior del periódico, Frei pide que se le siga ayudando:

“Ustedes saben —dice— lo que viene después de nosotros si no tenemos éxito”. Fontaine rememora: “Todos quedamos con la impresión de que él veía a su futuro gobierno y a su partido como la manera de evitar a Chile el peligro comunista”.

Desde este sugestivo trazo introductorio, se encadenan sendos capítulos volcados a las dos revoluciones del paisaje continental de los sesenta: la de Fidel, en primerísimo lugar, y la preconizada por Kennedy, descrita como “un recocido de las ideas de la izquierda democrática latinoamericana, impregnadas de estatismo y de proteccionismo”. Respecto de la primera, una revolución “hablada en castellano, improvisadora y sentimental como nos gusta a los latinoamericanos”, sorprenden los antecedentes sobre la tutoría castrista en la gestación de experimentos nefastos y peligrosos como el de Velasco Alvarado en Perú.

Fontaine enfatiza “la fuerza movilizadora feroz” que comunican la vida y la muerte de Ernesto Guevara a los cultivadores de la violencia revolucionaria, a los que gritan “revolución o muerte” y que, en cierto modo, rinden una especie de culto sombrío a la muerte propia y a la de sus prójimos. Su conclusión surge categórica: sin la revolución cubana, sin Fidel y sin ‘Che’ Guevara, tal vez pudo ser otro el gobierno del presidente Frei Montalva, pero con toda seguridad el gobierno del presidente Allende habría sido radicalmente distinto.

En el otro extremo, el del “joven y brillante millonario demócrata bostoniano”, la revolución de la ‘Alianza para el Progreso’ no hace más que “hinchar las velas de la barca” y sumar impulsos desarticuladores al proceso chileno. En algún momento de los años 60, casi todos los jóvenes e intelectuales y muchos obreros y campesinos ponen su fe y esperanza en la ‘revolución’, que conjuga la necesidad de desquite social con los sentimientos nacionalistas frustrados.

Apoyado en estas bases indispensables para entender la introducción de la violencia en Chile, adoptada por los socialistas y los movimientos extremistas, aborda el libro sus propósitos y capítulos medulares destinados a la revolución del gobierno democratacristiano, y a la de la Unidad Popular. El recorrido es completo, la memoria implacable, y el resultado final, bien dotado por la gran riqueza de nuevos testimonios y antecedentes. El lector de *Todos querían la revolución* transita serenamente, como suspendido a cierta altura de los acontecimientos, por el cúmulo hoy casi increíble de vuelcos, revuelcos, contradicciones, inconsistencias y simples insanias que precipitaron al país en el caos político, económico y social.

Así irrumpen episodios tales como la propia campaña anticomunista con que el candidato y líder de la DC llega a la presidencia y que desmiente su famosa frase “Hay algo peor que el comunismo, y es el anticomunismo”. Y el mismo Frei Montalva tiene que ver al cabo de pocos años, en el Consejo de su propio partido, el partido único de gobierno, que se impone la consigna de “la vía no capitalista de desarrollo”, fórmula que los comunistas soviéticos han aprobado como etapa del camino al socialismo en los países subdesarrollados. Frente a la propuesta de los suyos en favor de un “socialismo comunitario avanzado” y de un acuerdo político con la izquierda reunida en el FRAP, el mandatario debe pelear dos veces de madrugada en la famosa Junta de Peñaflor, sólo para que ésta decida si la DC está con el gobierno o con la oposición, lo que logra apenas por 278 contra 202 sufragios.

Fontaine desmenuza la compleja personalidad de Salvador Allende cuyo exterior de burgués honesto, afirma, “no revela la fría pasión revolucionaria que lleva adentro”. En las revelaciones del guerrillero cubano ‘Benigno’ aparece —presidente del Senado que era— participando en la introducción de armas a Bolivia.

Los dramáticos sucesos a partir de la elección del candidato marxista, que comprenden el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército y la torpe intervención norteamericana —¡hasta el intento de soborno de los parlamentarios chilenos por la CIA!—, son tratados con la dimensión permitida por los nuevos conocimientos de lo ocurrido. El atentado al general Schneider servirá en 1975 a la Comisión Church del senado norteamericano, que investigó las operaciones encubiertas de la CIA, aquí y en otros países, para confundir “hasta lo inaudito”, en opinión del autor, el “manotón desgraciado de Nixon en 1970 con la historia chilena de los años 1970 a 1973, incluido el pronunciamiento militar”.

No es del caso mencionar los principales aciertos del libro. Pero al menos debemos recoger la excelencia del análisis que, como telón de fondo, unifica el entero transcurrir de la Unidad Popular. Se trata de la “extraña simbiosis” —en palabras de Fontaine—, entre estado de derecho y revolución, que para los observadores extranjeros grabó a fuego la imagen mundial de Allende, y que revistió en su favor, también para siempre, el atractivo de los cambios revolucionarios con los “ornamentos de la dignidad democrática”.

Todos querían la revolución rechaza la interpretación de los famosos ‘resquicios legales’ como simples argucias abogadiles del gobierno allendista para sortear trabas y mantenerse en la legalidad. Al contrario, afirma que ellos constituyeron un fenómeno incomparablemente más gra-

ve: la burla sin escrúpulos de la norma constitucional que ampara el derecho de propiedad y que exige ley previa para que el Estado expropie con la debida indemnización.

En concepto de Fontaine, “los resquicios prescinden de la Constitución y le dan al poder político un título falso para ‘saltarse’ al Congreso y para construirse, sin ley y sin pagar indemnización, un poder político y económico que llegó a abarcar a la mayor parte de la economía particular chilena”.

La llegada de 1973 desde el primer momento da luces para saber que el conflicto será insolucionable. Ya en enero, recuerda el libro, los soviéticos decidieron que Allende estaba acabado, que era un fracaso. Las parlamentarias de marzo disipan la última posibilidad de victoria legal de un bando sobre otro. Aumentan las tomas campesinas, urbanas y fabriles; aumentan las persecuciones a los medios de expresión independientes que libran la lucha por la libertad “con la sola exhibición de la verdad”; y aumentan también, sin ninguna duda, el ingreso de armas y de fusileros cubanos.

La ilusión económica del primer año allendista, fraguada para conquistar la esquivia mayoría política e instaurar idealmente la “asamblea del pueblo”, se ha disuelto en escasez, paralización y ruina productiva.

Por meses, en cambio, los meses finales, sólo se habla y se escribe en los medios oficialistas acerca de la posibilidad de la “guerra civil”. El propio Allende advierte del “peligro” que él define como la violencia contra la decisión del pueblo.

El Presidente es persuasivo, juzga Fontaine: o se entregan por las buenas, o se acaba la revolución pacífica y legal, que pasa a reemplazarse por la dictadura del proletariado.

A juicio del autor, aquí radica el gran engaño de la fórmula Allende y de la Unidad Popular: “suponer que una minoría pueda imponerse a la mayoría por las vías legales y que dicha minoría se haga del poder total sin quebrantar la Constitución y la ley en ninguna etapa del proceso”.

La ‘vía legal’ o ‘pacífica’ de los comunistas y de Allende, en oposición a la impaciencia armada de los socialistas, únicamente puede terminar en un enfrentamiento mayor y decisivo, es decir en una guerra social en que serán actores unas Fuerzas Armadas divididas, con su cortejo de horrores, igual que en España.

Allende, aprecia Fontaine, es un político demasiado hábil para hacerse ilusiones. No cree en la subversión armada estilo Guevara en Chile, pero sí puede trabajar preparando el choque entre militares “leales” y “rebeldes”, entre militares “democráticos” y militares “fascistas”. Los unifor-

mados, en tanto, ven que la división de los civiles amenaza penetrar los cuarteles, dividiendo a la familia militar en un preámbulo de conflagración civil, con el agregado igualmente grave de un serio peligro para la seguridad externa.

Todos querían la revolución pinta con mano maestra la incertidumbre total que cada chileno vive en esos años. En cierto modo, parece ser la conclusión fatal del ciclo plantado varios años antes por el arrogante número especial de la revista *Mensaje* titulado “A partir de cero”.

Desde finales de los años 60, en verdad comenzó la cuenta regresiva de tres ensayos agotados en quince años para solucionar la crisis en democracia. Frei Montalva había quedado en una soledad acentuada por la desconexión con su partido, con el programa de éste y su candidato presidencial. Hacia la derecha, sólo existía la opción de una persona envejecida, Alessandri, y Allende, como precio de su cuarta candidatura, habría de ceder mucho del poder presidencial para convertirse en un simple ejecutor de acuerdos de la Unidad Popular, cuyo pacto de gobierno exigía el asentimiento unánime de los partidos que la componían.

El nuevo libro de Arturo Fontaine es mucho más que una obra útil y tremendamente oportuna. Su valor responde a la categoría de una amplia y sólida información acerca de un lapso crucial de nuestra historia. Reconocimiento debemos por ello a su autor. □